

Menú sentimental

Desde la habitación me llega el olor de la comida que está preparando la abuela. Dejo el álbum de fotos que estoy ojeando a un lado y cierro los ojos, intentando visualizar el menú. Resalta un fuerte olor cristalino: habrá preparado su amoroso caldo hecho con las verduras del huerto que tanto cuida y protege mi abuelo. Un caldo creado con el amor que reciben las verduras al crecer y el amor que reciben al perecer, hirviendo juntas dejando su último y delicioso aliento a tan exquisito manjar. Distingo otro aroma que no consigo descifrar. Es un olor nuevo, como de victoria. Voy hacia la cocina para ver qué es: la abuela ha logrado hacer el pastel de zanahoria que tanto deseaba, después de muchos intentos fallidos. Noto el sabor en su mirada. El hambre empieza a rondarme. Abrazo a mi abuela. Me acaricia el pelo y me señala el horno. Miro dentro y veo que está haciendo pollo con ciruelas. Pero no es un pollo con ciruelas cualquiera. Es el que hacía mi madre. Al abrir el horno, una ola diversa de sentimientos me invade: tristeza, dolor, rabia... Pero también felicidad. Recuerdo, muchos años atrás, las tardes con mi madre en la cocina. Mientras yo hacía los deberes de la escuela, ella me enseñaba a realizar todo tipo de comidas. Era una gran cocinera. Yo crecí fascinada por como cuidaba cada detalle al cocinar y verla dejarse el alma en cada plato. Todo lo hacía bueno. Pero el pollo con ciruelas era el plato que más le gustaba hacer y lo que mejor le quedaba. Tenía gusto a amor y perfección. El pollo perfectamente colocado en medio de la bandeja, tostado, pero no demasiado, descansando sobre las patatas acolchadas y protegido por las ciruelas. Sólo con mirarlo puedo saborear esos recuerdos. Pero ahora, cuando me lo como, el gusto está distorsionado. Algunas mordeduras saben a júbilo y otras a añoranza. Salgo de mi cabeza de repente, cuando entra mi abuelo en la cocina chocando unas botellas de cerveza. Esas cervezas son también las que bebía siempre mi padre. De tal palo tal astilla. Recuerdo mi padre cómo disfrutaba cada sorbo de esa cerveza roja y burbujeante. Y sobre todo

recuerdo el día que le robé un trago a traición. Decía siempre que era tan buena que yo también quería probarla. Qué decepción. Y qué asco. Me llevé una bronca monumental y un sabor amargo que se acomodó en mi boca por mucho rato. Pero días después nos reíamos juntos cada vez que mi padre se tomaba una cerveza de esas. No quiero volver a quedarme atrapada en los recuerdos del pasado, así que ayudo a poner la mesa y nos sentamos los tres a comer. Sirvo el caldo mientras una olor blanda y delicada me rodea. Cada cucharada me transporta al mar y a ese primer viaje que recuerdo con los abuelos, el invierno de hace doce años. Visualizo las alegres olas invadiendo la arena y dejando la espuma, al irse, formando dibujos salados. Recuerdo el olor a calma y tranquilidad del caldo que me esperaba en la mesa cada día al volver de la playa. Llegaba pálida y fría, aunque iba muy abrigada, pero con sólo una cucharada mi cuerpo volvía a coger color y energía. Me termino la sopa y me siento muy relajada. El abuelo se sirve la cerveza en la copa y, con cada gota que cae en el vaso, veo cómo se llena de amargura. Toca ir a por el segundo plato. A medida que me acerco a la mesa, con el pollo entre mis manos, el olor a nostalgia vuelve a apoderarse de mí. Con cada mordisco intento alejar los sentimientos negativos para que no predominen y estropeen el sabor. Pero me cuesta no volver al pasado. Recuerdo el primer día que mi madre preparó este plato. Fue el día más feliz de mi vida. Ese día mis padres me dijeron que tendría una hermana pequeña. Recuerdo esa felicidad tan dulce y cálida que me abrazaba. Por fin iba a tener una confidente, una compañera de juegos, una mejor amiga. Le hablaba a través del vientre de mi madre, contándole todo lo que haríamos juntas. Pero de repente, mis pensamientos se vuelven agrios. No he podido evitarlo. Siete meses después de ese preciso día todo se desinfló. Mis padres habían salido a cenar para celebrar su décimo aniversario de boda. Recuerdo que me enfadé con ellos por qué no me parecía justo que mi hermana pudiera ir con ellos y yo no. Ya sabía que mi hermana estaba viviendo aún en la barriga de mi madre, pero a

mi mente infantil e inocente, no le parecía justo. Hice una pataleta de niña pequeña, y casi consigo mi objetivo. Pero mis abuelos me convencieron para quedarme con ellos. No a cambio de nada. Me prometieron que comeríamos helado y miraríamos tantas películas como quisiera. Y suerte que me quedé. Esa noche mis padres no volvieron a casa. Por la mañana pregunté por ellos, pero mis abuelos no hacían más que llorar. Recuerdo que vino mucha gente ese día a vernos. Incluso la tía del pueblo, a la que veíamos una vez al año. Todo el mundo estaba pendiente de mí, y eso me gustaba, pero echaba de menos a mis padres. Y sobre todo a mi hermanita. Quería contarle todas las películas que vi la noche anterior y que ella me contara algún secreto de la cena a la que acudió escondida en la barriga de mi madre. Pero pasó el día y no llegaron. Por la noche mis abuelos me contaron que mi hermana y mis padres habían tenido que irse muy lejos, a un lugar al que no se podía llegar ni en tren ni en avión. Me enfadé mucho porque yo también quería irme con ellos. Pasaron los días y poco a poco asumí que ya no los volvería a ver. Que nunca podría ver a mi hermana, el angelito con el que había estado soñando tanto tiempo. Vuelvo a la realidad cuándo noto la caricia de mi abuelo. No me he dado cuenta de que un ejército de lágrimas recorre mis mejillas y se pelean en mi boca con cada bocado. Pero no dejo que me venza la melancolía y me acabo el plato. Ahora toca el postre. Con el pastel de zanahoria tengo sensaciones totalmente nuevas y consigo salir del bucle del pasado en el que he entrado sin querer. Intento capturar ese sabor alegre y victorioso sin que nada lo perturbe. Al menos por ahora...

Júdit Alcàntara Casals